

nidas se presentaron el 20 delante de Zaragoza. Palafox por su parte habia procurado fortificar del mejor modo posible aquella descubierta y vasta poblacion, que nunca podia ser plaza respetable. Habia sido recompuesto el castillo de la Aljafería, comunicándole con la ciudad por un foso revestido y con el Portillo por una doble caponera. Se fortificaron los conventos intermedios del Huerva: se hicieron terraplenes, fosos y reductos, y se construyeron varias baterías hasta el Ebro. Un doble atrincheramiento se estendia desde allí hasta el monasterio de Santa Engracia. Levantóse otro en Monte Torrero. Reductos y flechas resguardaban el arrabal. Se hicieron cortaduras en las calles; se tapiaron los pisos bajos, se aspilleraron los altos de las casas, y se abrieron comunicaciones interiores de unas á otras. Se talaron y arrasaron las quintas, árboles y huertas que pudieran servir de abrigo al enemigo. Todos los habitantes ayudaban á estas obras con solitud y á porfía, como la vez primera, y cada vecino habia cuidado de proveer de víveres su propia casa. Llegaron á reunirse en la ciudad veinte y ocho mil hombres con sesenta piezas; mandaba en gefe Palafox; era su segundo Saint-March: estaba la artillería al mando de Villalba, los ingenieros al de San Genis y la caballería al de Butron. Animo, energía y decision habia en todos, militares y paisanos.

Comenzaron el 21 los franceses sus ataques por las obras exteriores. Perdióse el Monte Torrero, de-

jando en poder del enemigo cien prisioneros y tres piezas. Saint-March, que le defendia con cinco ó seis mil hombres, al replegarse á la ciudad despues de pegar fuego al puente de América, se hubiera visto mal sin la proteccion especial de Palafox. Este funesto golpe tuvo alguna compensacion en la tarde de aquel mismo dia. El general Gazan, que habia arrollado y deshecho completamente un batallon de quinientos suizos al servicio de España, se creyó bastante fuerte para embestir tres de las baterías del arrabal. Mandaba allí don José Manso; dirigió acertadísimamente el coronel Velasco los fuegos de la artillería; el general Palafox ayudaba á todos, acudiendo donde era mayor el peligro: el resultado fué tener que retirarse Gazan con pérdida de mas de quinientos muertos, aunque otros la elevan á cifra mayor. Ello es que al dia siguiente, convencido sin duda el mariscal Monecy de que no era cosa llana apoderarse de Zaragoza, apeló á la negociacion y dirigió á Palafox una carta y despachó un parlamentario en este sentido. Contestóle el general español con mas entereza y arrogancia que elocuencia; si bien no faltaban en la respuesta frases vigorosas y conceptos que revelaban magnanimidad de corazon (1).

(1) Tales como los siguientes: «Esta hermosa ciudad no sabe rendirse... Nada le importa un sitio á quien sabe morir con honor.... El señor mariscal del imperio sabrá que el entusiasmo de once millones de habitantes no se apaga con opresion, y que el que quiere ser libre, lo es...» etc.»

Determinaron entonces los franceses circundar la poblacion y establecer un bloqueo general, inundando Gazan el terreno de la izquierda del Ebro. Por la derecha dispuso el general Lacoste tres ataques simultáneos, contra la Aljafería, contra el puente de Huerva y contra el convento de San José. En la noche del 29 al 30 (diciembre, 1808) se comenzó á abrir trinchera, en vista de lo cual resolvieron los sitiados hacer el 31 una salida al mando del brigadier Butron, que revolviendo sobre una columna francesa y dando una intrépida carga de caballería, hizo doscientos prisioneros; accion que recompensó Palafox decorando á aquellos valerosos soldados con una cruz encarnada. A este tiempo partió Mortier con la division Suchet para Calatayud, dicen que para establecer la comunicacion entre el ejército sitiador y Madrid, y Mancey fué reemplazado en el mando por Junot, duque de Abrantes; la causa de este cambio no la espresan; acaso les parecia Mancey hombre de carácter demasiado conciliador. Las fuerzas de Mortier fueron pronto suplidas con refuerzos llegados de Navarra. Las obras de ataque prosiguieron: el 6 de enero (1809) llegaba la segunda paralela á cuarenta toesas del convento de San José; contra este edificio y el sobrepuente de Huerva se montaron treinta cañones en diferentes baterías, que empezaron á jugar la mañana del 10. Tampoco las nuestras estuvieron ociosas; bien que débiles las paredes del convento, y cayendo al

suelo lienzos y cortinas enteras, nuestros fuegos se apagaron aquella misma tarde, y una columna que salia atrevidamente á las diez de la noche del camino cubierto contra una batería enemiga fué tambien rechazada.

A las cuatro de la tarde del 11 asaltaron los franceses el convento; la descripcion que del asalto hacen sus historiadores, y el mérito que dán á la ocupacion de aquel viejo y ya desmantelado edificio, es el mejor testimonio de la porfiada resistencia de los defensores. Tambien aquí, como en el primer sitio, se hizo notable por su heroismo, al modo de la célebre Agustina Zaragoza, una jóven de veinte y cuatro años, llamada Manuela Sancho, nacida en la serranía. Dueños los franceses del convento, dirigieron sus ataques al reducto del Pilar y al antepuente del Huerva. El primero fué arrasado el 15, reducido á escombros, y muertos la mayor parte de los oficiales que le defendian. Asaltado después el antepuente, pasaron los nuestros el rio volando el puente entre ocho y nueve de la noche. Los escritores franceses hacen altos elogios al valor y pericia de algunos de sus gefes en estas jornadas, especialmente de los coroneles Haxo y Sethal: distinguieronse por nuestra parte y merecieron bien de la patria, aunque vencidos, Renovales, Limonó, La Ripa y Betbezé. Con la pérdida de aquellos dos importantes puntos quedaba casi reducida la defensa de los sitiados á las débiles tapias de la poblacion y á

las paredes de las casas. A esto se decidieron sin vacilar; y en tanto que los franceses terminaban una tercera paralela y construian nuevas baterías y contra-baterías con sesenta bocas de fuego, y apoyados en los conventos de Agustinos y Santa Engracia se disponian á batir en brecha el recinto de la plaza y á pasar el Huerva con puentes cubiertos de espaldones (del 16 al 21 de enero), los nuestros hacian salidas impetuosas; los moradores se apiñaban en los barrios de la poblacion mas lejanos del ataque; el incesante bombardeo los obligaba á guarecerse en los sótanos; y aquel agrupamiento de gentes en sitios faltos de ventilacion, y la acumulacion de enfermos y heridos, y los muertos insepultos, y la escasa y mal sana alimentacion de los vivos, y la angustia y la zozobra produjeron enfermedades que á poco se convirtieron en horrorosa epidemia. Firmes sin embargo, animosos é inquebrantables se mantenian los zaragozanos.

Tampoco por fuera estaban ociosos los aragoneses. Gruesas partidas recorrían las comarcas de Tortosa y Alcañíz, molestando las columnas francesas que se destacaban en busca de carnes y víveres de que carecian los sitiadores, reducidos tambien á una racion incompleta de pan. Mientras en Alcañíz nuestros paisanos sostenian un choque sangriento con la columna del general Verthier, por la parte de Villafranca y Zuera corria el pais y divertia á los franceses don

Felipe Perena con cuatro ó cinco mil hombres que habia reunido. Pero en favor de los franceses ocurrió la llegada del mariscal Lannes, nombrado general en jefe del ejército sitiador, y detenido por indisposicion hasta entonces. Con su presencia tomaron las operaciones mas unidad y mas celeridad. A Mortier le mandó volver inmediatamente de Calatayud con la division Suchet, y á Gazan que persiguiera y ahuyentára, como lo hizo, la gente que andaba alrededor de Zaragoza, ordenándole después que apretára el cerco por el lado del arrabal.

El 26 de enero dió Lannes á todo el ejército la orden de asaltar la ciudad por las tres brechas practicable, una frente á San José, otra cerca de un molino de aceite, y la del centro por la parte de Santa Engracia. El tañido de la campana de la Torre Nueva avisó á los zaragozanos del peligro que corrian, y todos se lanzaron precipitadamente á las brechas. En todas se empeñó un fuego horrible de balas, de granadas y metralla, se hacian minas, reventaban hornillos, se daban combates personales encarnizados, se avanzaba y retrocedia, disputándose con la muerte y por pulgadas el terreno. El enemigo llegó á apoderarse del convento de las Descalzas y del de Capuchinos, en el cual entraron otra vez los nuestros, faltando poco para recobrarle, y habríanlo hecho sin el refuerzo que llevó á los contrarios el general Morlot que los rechazó á la bayoneta. Una parte de nuestra artillería fué tomada, pero desde las casas

contiguas eran los enemigos acribillados. Sobre seiscientos españoles murieron en estos ataques; ochocientos hombres tuvieron fuera de combate los franceses, entre ellos muchos oficiales de ingenieros ⁽⁴⁾: también nosotros perdimos, con llanto de todo el ejército, al valiente, entendido y experimentado comandante de ingenieros San Genis, que tan importantes servicios había prestado. Lannes tuvo que prohibir á sus oficiales avanzar á cuerpo descubierto, y para economizar sangre les mandó que solo hiciesen uso de la zapa y la mina para ir volando edificios. Oigamos cómo se expresaba este insigne mariscal en su despacho del 28 al emperador: «Jamás he visto, señor, un encarnizamiento igual al que muestran nuestros enemigos en la defensa de esta plaza. He visto á las mugeres dejarse matar delante de la brecha. Cada casa requiere un nuevo asalto.....» Y después: «El sitio de Zaragoza en nada se parece á nuestras anteriores guerras. Para tomar las casas nos vemos precisados á hacer uso del asalto ó de la mina. Estos desgraciados se defienden con un encarnizamiento de que no es fácil formarse idea. En una palabra, señor, esta es una guerra que horroriza. La ciudad arde en estos momentos por cuatro puntos distintos, y llueven sobre ella centenares de bombas; pero nada basta para intimidar á sus defensores. Al presente trato de apo-

(4) Estas cifras están tomadas de los estados oficiales existentes en el archivo de Guerra de Francia.

derarme del arrabal, que es un punto importantísimo..... etc.»

Decía esto último después de haber enviado un parlamentario que trajo por repuesta estar resueltos á defender hasta la última tapia; después de haber dado mortíferos é inútiles combates para tomar los conventos de San Agustín y Santa Mónica; después de haberse disputado la posesión de una manzana de casas contigua á Santa Engracia, no solo casa por casa, sino piso por piso, y habitación por habitación. «Cuando se lograba entrar en una de ellas, dice un historiador francés, ora por las aberturas que habían practicado los españoles, ora por las que hacían nuestras tropas, lanzábanse sobre ellos á la bayoneta... Pero frecuentemente solían dejar tras de sí, ó en los desvanes, algunos tenaces enemigos... y nuestros soldados tenían bajo sus pies ó sobre su cabeza combatientes que disparaban á través de los pisos..... A veces solían poner sacos de pólvora en las casas, cuyo primer piso habían conquistado, y hacían saltar los techos y á los defensores que los ocupaban. En otras hacían uso de la mina y volaba el edificio entero. Mas cuando la destrucción era muy grande, veíanse obligados á marchar á descubierto de los tiros de fusil, y la experiencia de algunos días les enseñó á no cargar la mina con exceso.....» De este modo lograron irse apoderando de algunas casas y conventos, sufriendo dentro de cada edificio un

sangriento combate, teniendo que marchar los franceses siempre por debajo de mina, y hallando de seguro la muerte los que tenían que andar al descubierto, aunque se resguardasen con tablones; los dueños de las casas las incendiaban si esperaban abrasar dentro de ellas á los enemigos; así llegaron éstos hasta el Coso, habiendo empleado en estas sangrientas lides desde el 26 de enero hasta el 7 de febrero, habiendo perdido en ellas al general Rostoland, al bizarro y hábil Lacoste, y quedando mal heridos otros gefes.

Ansioso Lannes de avivar las operaciones de tan desastroso sitio, ordenó á Gazan que embistiera el arrabal, lo cual ejecutó atacando con veinte piezas de grueso calibre el convento de franciscanos de Jesús, abriendo ancha brecha y desalojando de él unos trescientos españoles. Mas al querer penetrar en el contiguo de San Lázaro situado á la orilla del Ebro, halló tal resistencia que se vió forzado á retroceder. Enviáronle toda la artillería de la derecha, merced á lo cual logró entrar en San Lázaro, en cuya magnífica escalera se empeñó tan sangrienta lucha entre franceses y españoles, que solo terminó con la muerte de casi todos éstos. Con la ocupacion de aquel edificio quedó cortada la retirada á nuestras tropas del arrabal, pues al querer repasar el puente, era tal el fuego que los enemigos hacían que parecia brotar llamas las aguas del Ebro; muy pocos consiguieron franquearle,

y aquel dia se perdieron, entre muertos, heridos y prisioneros, mas de dos mil hombres. Cincuenta piezas colocaron los franceses para arruinar las casas situadas á la orilla derecha y en el pretíl del rio. Y entretanto, en el centro de la ciudad, franceses y españoles minaban y contraminaban el paso del hospital de locos al convento de San Francisco: cargaron aquellos su mina con tres mil libras de pólvora, y fingiendo un ataque abierto, y apresurándose los españoles á ocupar todos los pisos del convento esperándolos allí á pié firme, oyóse una espantosa detonacion que estremeció toda la ciudad; una compañía del regimiento de Valencia voló toda entera por los aires juntamente con los escombros del convento. Al través de ellos se lanzaron los franceses á la bayoneta hasta desalojar á los españoles. Pero muchos de ellos se subieron al campanario, y sobre el tejado de la iglesia tuvieron serenidad para abrir un boquete en la bóveda, y por ella arrojaron tantas granadas de mano que ahuyentaron de allí á los franceses. Recobraron éstos sin embargo al dia siguiente aquel punto. En todas partes los frailes habian exhortado con su palabra y animado con el ejemplo, manejando la espada ó la carabina. Las mugeres suministraban cartuchos, y peleaban tambien. Los franceses seguian minando el Coso para hacer saltar las casas de ambos lados.

Sucedia esto cuando la epidemia estaba arrebatando trescientas cincuenta víctimas por dia. Entra-

ban diariamente en los hospitales sobre cuatrocientos enfermos; para los que en ellos cabían faltaban medicinas y no había alimentos; costaba una gallina cinco pesos fuertes; los que no cabían morían abandonados en las casas ó en las calles; no había tiempo ni espacio para enterrar los muertos; estaban los cadáveres hacinados delante de las iglesias y entre los escombros, infestando la atmósfera; muchos deshacían y desgarraban las bombas que caían, ofreciendo sus mutilados y esparcidos miembros un espectáculo horrible. Los vivos, flacos, macilentos, estenuados, parecían espectros errantes en medio de un vasto cementerio. El mismo Palafox, atacado de la enfermedad reinante, se hallaba á las puertas de la muerte; en la noche del 18 al 19 tomó el mando una junta que presidía el regente de la audiencia don Pedro María Ric; y todavía no faltaba quien propusiera se ahorcase á todo el que hablara de rendición ó diera indicios de desfallecimiento.

Por su parte los soldados franceses, cansados de lucha tan obstinada y terrible, y viendo que en más de cuarenta días solo habían logrado conquistar las ruinas de dos ó tres calles, murmuraban y se preguntaban unos á otros: «¿Se nos ha traído á perecer todos aquí? ¿Se ha visto nunca semejante modo de hacer la guerra? ¿En qué piensan nuestros gefes? ¿Han olvidado su oficio? ¿Por qué no se aguardan nuevos refuerzos y nuevo material para enterrar á estos fu-

»riosos bajo las bombas, en vez de hacer que nos vayan matando uno á uno por la triste gloria de apoderarse de algunos sótanos y de unos cuantos desvanes?» Procuraba Lannes reanimarlos, diciendo que era imposible que los enemigos defendieran todas las calles con el mismo tesón; que la energía tenía su término; «un esfuerzo más, les decía, y pronto seréis dueños de la ciudad en que la nación española tiene cifradas todas sus esperanzas, y pronto recogeréis el fruto de todos nuestros trabajos y penalidades.» Siguió la lucha, y siguieron los estragos.

Al tiempo que Gazan hacía jugar sus cincuenta cañones para destruir las casas del arrabal, pegóse fuego á dos hornillos de una mina que se había practicado debajo de la Universidad, cargados con mil quinientas libras de pólvora cada uno; voló aquel gran edificio con horroroso estrépito, abriéndose dos anchas brechas, por donde penetraron al instante á la bayoneta dos batallones, y se apoderaron de la cabeza del Coso y de los dos costados. Todavía los nuestros hicieron esfuerzos increíbles de valor en otros edificios y en otras calles. Pero apenas quedaba ya en pie la tercera parte de los combatientes, y éstos escuálidos y demacrados. Situación tan angustiosa era insostenible. Los gefes militares convocados por la junta trazaron un tristísimo cuadro de los medios de defensa; algunos vocales opinaron por seguir resistiendo hasta perecer todos; la mayoría se inclinó á

capitular, y un parlamentario fué enviado á Lannes á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que éste habia hecho dias ántes. Desechada la propuesta por el mariscal francés, pidió la junta una suspension de hostilidades, y envió al cuartel general algunos de sus individuos con el presidente Ric. Agrias y poco conciliadoras contestaciones mediaron todavía entre este magistrado y el general enemigo. Por último, despues de algunas réplicas convinieron los comisionados en la siguiente capitulacion, dictada por Lannes:

Art. 1.º La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la Puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.º Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. Católica el rey José Napoleon I.

Art. 3.º Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. Católica.

Art. 4.º Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la Puerta del Portillo al medio dia del 21.

Art. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7.º La religion y sus ministros serán respetados:

se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

Art. 8.º Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9.º Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. Católica.

Art. 11. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. Católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. Católica José Napoleon I.—Cuartel general delante de Zaragoza, 20 de febrero de 1809.—Firmado.—Lannes.

En su virtud el 21 de febrero (1809) desfilaron fuera de la ciudad diez mil infantes y dos mil ginetes, pálidos y desencajados por delante de los soldados franceses, los cuales, depuestas por aquellos las armas, entraron en la infortunada ciudad, en que solo se veian ruinas y cadáveres en estado de putrefaccion. Sesenta y dos dias habia durado el sitio. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados, habian perecido cerca de cincuenta mil. Los más de los edificios habian sido arruinados ó destrozados por las bombas y balas, perdiéndose entre otras preciosidades la rica biblioteca de la universidad y la preciosa coleccion de veinte mil manuscritos del convento de San Ilde-

capitular, y un parlamentario fué enviado á Lannes á nombre de Palafox, aceptando con alguna variacion las ofertas que éste habia hecho dias ántes. Desechada la propuesta por el mariscal francés, pidió la junta una suspension de hostilidades, y envió al cuartel general algunos de sus individuos con el presidente Ric. Agrias y poco conciliadoras contestaciones mediaron todavía entre este magistrado y el general enemigo. Por último, despues de algunas réplicas convinieron los comisionados en la siguiente capitulacion, dictada por Lannes:

Art. 1.º La guarnicion de Zaragoza saldrá mañana 21 al mediodia de la ciudad con sus armas por la Puerta del Portillo, y las dejará á cien pasos de la puerta mencionada.

Art. 2.º Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad á S. M. Católica el rey José Napoleon I.

Art. 3.º Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad, podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. Católica.

Art. 4.º Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra á Francia.

Art. 5.º Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros, si los hubiere, serán desarmados por los alcaldes, y las armas se entregarán en la Puerta del Portillo al medio dia del 21.

Art. 6.º Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el emperador y rey.

Art. 7.º La religion y sus ministros serán respetados:

se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

Art. 8.º Mañana al mediodia las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

Art. 9.º Mañana al mediodia se entregarán á las tropas de S. M. el emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

Art. 10. Las cajas militares y civiles todas se pondrán á disposicion de S. M. Católica.

Art. 11. Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad á S. M. Católica.

La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. Católica José Napoleon I.—Cuartel general delante de Zaragoza, 20 de febrero de 1809.—Firmado.—Lannes.

En su virtud el 21 de febrero (1809) desfilaron fuera de la ciudad diez mil infantes y dos mil ginetes, pálidos y desencajados por delante de los soldados franceses, los cuales, depuestas por aquellos las armas, entraron en la infortunada ciudad, en que solo se veian ruinas y cadáveres en estado de putrefaccion. Sesenta y dos dias habia durado el sitio. De cien mil habitantes, entre vecinos y refugiados, habian perecido cerca de cincuenta mil. Los más de los edificios habian sido arruinados ó destrozados por las bombas y balas, perdiéndose entre otras preciosidades la rica biblioteca de la universidad y la preciosa coleccion de veinte mil manuscritos del convento de San Ilde-

fonso. La pérdida de los franceses fué tambien grande: su mejor oficialidad sucumbió allí.

No ponderémos nosotros el mérito de los españoles en este memorable sitio. Oigamos á un historiador francés, dado por lo comun á rebajar las cosas de España: «Ningun otro sitio, dice, podia presentar la historia moderna que se pareciese al cerco de Zaragoza: para encontrar en la antigua escenas semejantes á las que allí ocurrieron era preciso remontarse á tres ejemplos, Numancia, Sagunto ó Jerusalem. Y á decir verdad, aun sobrepujaba el horror del acontecimiento moderno al de los acontecimientos antiguos, á causa del poder de los medios de destrucción inventados por la ciencia..... La resistencia de los españoles fué prodigiosa.... etc.» Y otro: «La alteza de ánimo que mostraron aquellos moradores fué uno de los mas admirables espectáculos que ofrecen los anales de las naciones despues de los sitios de Sagunto y Numancia (1).»

Tál fué el término de esta segunda campaña en nuestra lucha de independencia; campaña que nos fué funesta en Espinosa, en Burgos, en Tudela, en la Coruña, en Uclés, fatal y gloriosa en Zaragoza; que fué notable por la presencia de Napoleon en España, por la retirada de los ingleses, por el segundo reconocimiento del rey José en Madrid; campaña que habria

(1) Thiers, y Rogniat.

desalentado otros espíritus y desarmado otros brazos que no fuesen los de los españoles peleando por la independencia de su patria, por su religion y por su libertad (1).

(1) Para esta sumaria relacion del segundo sitio de Zaragoza (por que sería ageno de nuestro trabajo describir sus infinitos é interesantes pormenores y episodios, y los innumerables rasgos y hechos de heroísmo que en él ocurrieron), hemos tenido presentes: la Historia de los dos sitios, de don Agustin Alcaide Ibieca; la Defensa de Zaragoza, de don Manuel Caballero; Excesos de valor y patriotismo, de don Miguel Perez y Ota; el Manifiesto del vecindario de Aragon, impreso en 1814; las Gacetas de aquel tiempo; muchos documentos impresos y recogidos en Tomos de Varios, y otros manuscritos; las Historias españolas de la guerra de la Independencia de Toreno, Maldonado, Baeza, Chao y otras; las francesas de Du Casso, Memorias del rey José; del Imperio, de Thiers; las Memorias de la Revolucion de España, de M. Pradt; la Relacion de los Sitios de Zaragoza y Tortosa, del baron de Rogniat; Victoires, conquêtes, etc. des français de 1795 á 1816; y otros muchos escritos que sería prolijo citar.